

EXCLUSION SOCIAL – Algunos interrogantes

Elina Aguiar – Octavas Jornadas Provinciales de Psicología y Derechos Humanos MIRTA CLARA

Una mitad de la población mundial está excluida de toda producción y simbólica: del mundo del trabajo: no son ni asalariados ni consumidores. Cuales serán las consecuencias de semejante desigualdad?

Y hoy en día, con el progreso científico y tecnológico no se produce una mayor justicia social, al contrario aumentan las desigualdades a niveles intolerables y a los que sin embargo nos vamos acostumbrando.

Así como la polaridad amor/destructividad es inherente a todos los vínculos humanos y a la relación consigo mismo, se acentúa ante estos grupos y dentro de estos grupos excluidos.

Sabiendo la importancia que tiene la recepción y el acoger a estos grupos, nuestras posibilidades de que no sean solo desechos sino importantes para los otros quizás sea uno de las principales herramientas ante la exclusión social.

Considero a la exclusión social como un proceso histórico, dinámico, en perpetua construcción, interactivo y acumulativo que mediante discursos, omisiones y acciones ubica a las personas o grupos en lugares cargados de significados que el conjunto rechaza y no asume como propios.

La realidad que nos inquieta no es otra cosa que la desigualdad y sus efectos políticos y subjetivos.

La exclusión en Latinoamérica es económica, abarca generaciones en este tránsito a la exclusión. La sociedad disciplinaria deja una pequeña porción de la comunidad adentro y otra afuera. Una forma de aniquilación acallada en la miseria estructural del sistema social dominante.

Me voy a referir a la exclusión. Pero tengo claro que lo que denominamos exclusión abarca también a los nunca incluidos. Me pregunto porque las personas indigentes que están a la vista de todos son temidas. Tanto que se transforman en “lo indigente siniestro”. Lo siniestro, extraño e inquietante se manifiesta y lo familiar mostrado deviene peligroso y amenazante.

Se los cataloga como inferiores que luego devienen en enemigos. ¿La mirada mediática nos induce a ver a la persona excluída como enemiga y peligrosa?

Porqué aquel explotado, marginado, ignorado se transforma en un peligroso enemigo interno? (GPS Garmin. Camión de basura).

Se trata de personas que padecen hambre crónico, pobreza extrema, maltrato social y doméstico. Son personas en el límite mismo de la sobrevida, en estado de desamparo, de riesgos permanentes: viven en estado de amenaza, a merced de las fuerzas del orden, policía, guardia urbana, las brigadas, fuerzas de “seguridad”, que los acosan. Por todos ellos son tratados como “restos” a eliminar. Es el resto que no tiene resto. La muerte los acecha a cada instante. A menudo su entorno no es estable, está fracturado y genera como señalé condiciones de vulnerabilidad social.

Quizás sea justamente en este punto donde nosotros podemos trabajar: como hacer para no verlos solamente como carentes sino ver y no reconocer que también son sujetos de deseo que tienen códigos culturales, dispositivos y mecanismos de respuestas colectivas que les permiten encontrar un otro reconocimiento.

Me interesa entonces no sólo ver en la exclusión las carencias reales y simbólicas sino también: pensarla como un espacio de producción cultural con sus valores, ídolos y formas de resolución de conflictos. Producción que no sólo surge de su estado de carencia, sino que es el resultado de su capacidad creativa donde emergen los múltiples sincretismos que su misma situación les posibilita (Miguez, D. y Semán, P., 2006).

¿No tendríamos que reconocer que entre cumbias, santos, sabidurías de piquetes (Pibes Chorros), se van gestando producciones culturales propias donde nosotros quedamos afuera? ¿Valores, mitos, solidaridades y lealtades en asentamientos o villas que nos son extraños? Tienen otros códigos, otro lenguaje, rico, pero que no entra en los casilleros educativos de las estructuras escolares que los expulsan al no contemplar sus diferencias, donde pasan de repitentes a expulsados de un sistema educativo.

Muchos adolescentes, en el decir habitual “no hacen nada” donde delatan que nacieron en un sector de la comunidad donde no se espera nada productivo de ellos. Sin trabajo, sin estudio y sin un lugar social ¿la alternativa es la calle, la esquina, la droga, la violencia, si no son contenidos en otra red social en la que puedan ser actores? (experiencia Casa Cachibache en Bogotá).

Para terminar quisiera señalar que a los indigentes desde el discurso se los masifica sin pensarlos en sus singularidades (son todos vagos, borrachos, viven de los planes, no quieren trabajar, etc.).

Los psicólogos podemos caer en la misma operatoria masificadora de no verlos y querer encasillar en categorías psicopatológicas lo que simplemente son los efectos y consecuencias de la miseria material, de su nuda vida y su no lugar. Como decía H. Arendt “la maldad puede ser causada por la ausencia de pensamiento”.

Si el trauma de la exclusión destrama, rompe vínculos, ilusiones, hace trizas las palabras, como psicoanalistas podemos ofrecernos para conformar un vínculo donde consideremos a ese extraño, como ser deseante, portador de palabras, experiencias, narraciones, valores y riquezas de las que carecemos y transformarnos ambos en el “entre” de esa hospitalidad, requisito indispensable para que este encuentro sea subjetivante para ambos y resistente a la impunidad e inhumanidad de este orden social imperante.